

SEGUNDA PARTE DE LA SANTA JUANA

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

CRISTO.
LA SANTA JUANA.
EL ÁNGEL DE LA GUARDA.
SAN ANTONIO DE PADUA.
EL NIÑO JESÚS.
SAN FRANCISCO.
CRISTO CRUCIFICADO.
SOROR EVANGELISTA.
UNAS MONJAS.
MENGA.
MARI PASCUALA.

CARLOS V, Emperador.
DON JORGE.
LILLO.
GRESPO.
MENGO.
BERRUECO.
MINGO.
UN PAJE.
OTRA GENTE.
PASTORES (1).

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Música, y salen la SANTA y el ÁNGEL arriba, que va bajando hasta la mitad del tablado, y la SANTA subiendo dél al mismo tiempo, hasta emparejar los dos, y entonces cesa la música.

ÁNGEL.

Esposa cara del Monarca eterno,
contra cuyo poder no prevalecen
las puertas tristes del Tartáreo infierno;
las entrañas de Dios que se enternecen
con el agua sabrosa de tu llanto
remedio al mundo por tu ruego ofrecen;
delante de su altar, tálamo santo,
llorando estabas el estrago horrible
que al mundo anuncia confusión y espanto
por la ponzoña del dragón terrible
de las siete cabezas que en Sajonia
niega la ley católica infalible.

(1) Intervienen además la VICARIA y la ARADESA.

Llorabas que con falsa ceremonia
y hipócrita apariencia, el vil Lutero
imitase á Nembrot en Babilonia,
y que el rebaño del Pastor cordero,
este lobo, en oveja disfrazado,
despedazase con estrago fiero.
Llorabas que se hubiese dilatado
su blasfema y pestífera dotrina
por Alemania y su imperial estado,
y que, cual de la máquina divina,
derribó la tercer parte de estrellas
la angélica soberbia serpentina,
este Anticristo austral, las leyes bellas
de la alemana Iglesia derribase,
asolando la mies de Dios con ellas.
Lloras el ver que tanto cáncor pase
tan adelante y su infernal blasfemia
que lo mejor de vuestra Europa abrase.
El católico reino de Bohemia
la verdadera ley de Dios destierra,
y al apóstata falso sirve y premia.
Flandes le sigue ya, y Ingalaterra
sus desatinos tiene por ganancia,
desamparando á Dios su gente y tierra.
Polonia, Hungría y la cristiana Francia

frenéticas aprueban los errores
que el vicio trajo al mundo y la ignorancia;
por esto lloras, y es razón que llores
pérdida tan notable.

SANTA.

¡Ay, Angel mío!
Comprando Dios á costa de dolores
las almas con su sangre redimidas,
¿tantas se han de perder costando tanto?
De tres partes del mundo están perdidas
las dos, porque Asia y Africa no adoran
sino de Agar las leyes pervertidas;
los más la luz de la verdad ignoran,
y perdido el camino verdadero,
al despeñarse sin remedio lloran,
pues si agora el apóstata Lutero
este rincón de nuestra Europa abrasa
con la doctrina falsa y el acero;
si á Europa, que es columna firme y basa
de nuestra militante Monarquía,
los límites que Dios la puso pasa,
¿quién duda que la bárbara herejía
de mar á mar ensanchará el imperio
que tuvo antes la ciega idolatría?
No permita mi Dios que en cautiverio
tenga á su pueblo el condenado Egipto
ni pase la verdad tal vituperio.
Bien sé que este rigor es por delito
de mis culpas, que son merecedoras
de un castigo inmortal, Angel bendito;
pero páguelo yo.

ÁNGEL.

Por ver que lloras
con tanto afecto, Dios, por el estado
de la Iglesia y su ley que humilde adoras,
desde aquí, Juana Santa, me ha mandado
que te venga á enseñar el fértil fruto
que en las Indias España al cielo ha dado.
*(Van subiendo los dos hasta el un ángulo superior,
y descúbrense en un nicho dél una estatua de don
Hernando Cortés, viejo, armado á la antigua, con
bastón y un mundo á los pies.)*

Si un pequeño rincón paga tributo
en Europa á Lutero, pervertido
por la ambición, que le hace disoluto,
un nuevo mundo rico y extendido
ha descubierto la romana barca
que al yugo de la Cruz está rendido.
Mira al pesar (1) del bárbaro heresiarca
este nuevo Alejandro que conquista
el orbe indiano al español monarca.
Don Hernando Cortés (con cuya vista
se alegra el mar del Norte), es éste, Juana,
digno de que sea yo su coronista.
Por él se extiende nuestra ley cristiana
por infinitas leguas, y al bautismo
regiones inauditas vence y gana.
Este es quien pasa el fluctuoso abismo
que márgenes de plata y oro baña,
y para eternizar su nombre mismo
á vuestra España da otra Nueva España,
muerte á la idolatría, almas al cielo,
y á su linaje una inmortal hazaña.

(1) Claro es que debe leerse á pesar.

SANTA.

Ya, soberano Angel me consuelo
viendo lo que la ley de Dios se extiende
y que le adora tan remoto suelo.
¡Oh, ilustre capitán! Si el tiempo ofende
la memoria de hazañas infinitas,
defienda Dios la tuya, pues defiende
su ley tu brazo y las columnas quitas
del estrecho de Cádiz, por ponellas
en tierras y naciones inauditas.
Esculpa el mundo tu renombre en ellas,
pues á la iglesia das el Occidente
y el cielo pueblas otra vez de estrellas.

*(Pasan los dos por el aire al otro ángulo del tabla-
do y en él enséñale una estatua de don Alonso de Al-
burquerque, viejo, á lo portugués antiguo, con otro
mundo á los pies, y bastón.)*

ÁNGEL.

Vuelve agora los ojos al Oriente
y verás la nación del griego Luso
y las hazañas de su ilustre gente.
Este fiel capitán las quinas puso
desde el Atlante monte al mar Bermejo,
á pesar del idólatra confuso.
Mira en aquellas canas el consejo
y el valor de la fe en aquella espada,
que en uno y otro fué español espejo.
Por él ha vuelto nuestra ley sagrada
á hacer que en Asia el bárbaro se asombre
viendo en ella su iglesia restaurada.

SANTA.

Angel: ¿quién es tan milagroso hombre?

ÁNGEL.

Alonso de Albuquerque, lusitano,
que de Magno ganó fama y renombre.
Este, venciendo al moro y al pagano,
al etiope torpe, al ciego persa,
la Cruz dilata con valor cristiano.
Si gente, pues, tan bárbara y diversa
en América y Asia á Dios adora,
¿qué importa que la herética perversa
contra el cielo publique guerra agora,
si por una provincia sola gana
dos mundos cuyas almas atesora?

SANTA.

¡Oh nobleza católica y cristiana
de Portugal! ¡Oh célebre Castilla!
¡Viva la ley de Cristo soberana!
Alegre estoy de ver tal maravilla.

ÁNGEL.

Aunque el Rey don Manuel dichoso tiene
la lusitana y invencible silla,
ya el tiempo deseado á España viene
en que se junten los castillos de oro
con las sagradas quinas; ya conviene
que dando al cielo un Sebastián el moro,
goce en España el Salomón segundo
con Portugal un orbe lleno de oro.

*(Bajan un poco y en la mitad del teatro descúbren-
se otra estatua de Filipo segundo, viejo, con dos mun-
dos á sus pies.)*

Ya el César Carlos quinto ha dado al mundo un Filipino primero, que el primero de quien nació Alejandro, aunque es segundo. Su ilustre imagen enseñarte quiero del modo que en edad grave y madura en oro ha de volver la edad de acero. Aquí la cristiandad está segura; la justicia en su punto y la prudencia.

SANTA.

Su gravedad deleita y compostura, respeto pone su real presencia.

ANGEL.

Dos mundos á sus pies sujeta el cielo, y cada cual su nombre reverencia; enjuga, pues, el llanto y desconsuelo, pues que tan dilatada, Juana, has visto la ley divina que respeta el cielo, que si el Sajón, apóstata anticristo, la potestad del cielo á Roma niega, y á quien es en su silla vice-Cristo, y con malicia y pertinacia ciega las indulgencias de las cuentas santas contradice y blasfemias loco alega, por eso Dios ha dado gracias tantas á las sagradas cuentas que su hijo te dió, con que su ceguedad quebrantas; para contradecirle las bendijo. Y en fe de que el rosario santo aprueba que el sacrilego fiero contradijo, un árbol ha nacido y planta nueva en la isla de Irlanda en este instante que en vez de fruta mil rosarios lleva. Jamás el mundo vió su semejante; nació y creció en un punto, convenciendo al pueblo pervertido y ignorante; de sus ramas las cuentas están viendo, que como de las parras los racimos, en fe de la Fe santa están pendiendo.

(Descúbrase un árbol lleno de rosarios arriba.)

Aqueste el árbol es.

SANTA.

¡Qué merecimos en nuestros tiempos ver, rosarios santos, el árbol de quien sois frutos opimos! Celebre el cielo con alegres cantos hazaña tan ilustre y portentosa, pues tal consuelo dáis á nuestros llantos.

ANGEL.

Desta suerte la mano poderosa de Dios castiga, y desta suerte sana.
(Bajan volando al tablado.)

SANTA.

¿Qué merecí, señor, ser vuestra esposa?

ANGEL.

Carlos quinto ha venido á verte, Juana.

SANTA.

¿Adónde, pues, se va Vuestra Hermosura?

ANGEL.

Contigo quedo: ¡oh vista soberana, gran consuelo, gran suerte, gran ventura!
(Sale volando el Angel, todo se encubre.)

ESCENA II

Salen el EMPERADOR CARLOS QUINTO y acompañamiento, y DON JORGE, del hábito de Santiago, y LILLO.

SANTA. Señor: ¿otra vez honráis esta vuestra humilde casa?
CARLOS. Si vos, madre, en ella estáis, ¿quién por vuestras puertas pasa sin que vos le bendigáis?
Soy yo muy devoto vuestro, y así lo que os quiero nuestro.

SANTA. A lo menos sois, señor, de la cristiandad favor, y por eso lo sois nuestro.

CARLOS. La guerra, madre, publico contra el hereje que ampara el Duque Juan Federico de Sajonia y se declara contra el Imperio. Es muy rico y poderoso, y también quiere el Lanzgrave de Hesén defender las falsedades de Lutero y cien ciudades rebeldes; pero aunque estén tan poderosos, entiendo de la verdad que defiende que el áspid he de pisar y el basilisco, y quitar del mundo este monstruo horrendo. Por esto antes de partirme, madre, en tan ardua ocasión, de vos vengo á despedirme, por que vuestra bendición nuestras victorias confirme.

SANTA. Id, columna de la Fe, gloria del nombre español, que, porque victoria os dé, haréis que detenga el sol su curso cual Josué. El rebelado alemán y el flamenco os labrarán estatuas de bronce y oro, vencido en Túnez el moro como en Buda Solimán.

De vuestra parte tenéis á Dios, pues, por varios modos, por que más fama cobréis, en Yuste, vencidos todos, á vos mismo os veaceréis. El cielo os dé su favor, pues que sois su defensor y destos reinos espejo.

CARLOS. Con grande cuidado deo, madre, ya al Gobernador de España y encomendada esta casa.

SANTA. Siempre ha sido de su valor amparada.

CARLOS. Yo estoy muy agradecido por veros siempre ocupada en encomendarme á Dios, pues, ayudándome vos, bien á España regiré, y muy seguro podré partirme. Adiós, madre, adiós; y advertid también que queda don Jorge muy encargado que os acuda en cuanto pueda. Aquesta villa le he dado, con otras muchas que hereda, y con tan noble vecino, que enriquecerá imagino esta casa y posesión, que es don Jorge de Aragón, madre Juana, mi sobrino. Soy tu hechura.

JORGE. Hacer alarde del valor que vive en vos, y vamos de aquí, que es tarde.
CARLOS. Madre: encomendadme á Dios.
SANTA. El os de vitoria y guarde.

(Vase La Santa por una puerta.)

ESCENA III

Alirse por la otra acompañando al EMPERADOR, DON JORGE se vuelve á él y le dice:

CARLOS. ¿Dónde vais?
JORGE. A acompañar á vuestra Majestad voy.
CARLOS. Quedaos, don Jorge, á tomar de los lugares que os doy la posesión y á gozar el nuevo y alegre estado, que estáis recién desposado. Mas sirvaos el casamiento de más sosiego y asiento que hasta ahora habéis mostrado, que habéis sido muy travieso; y pues ya tenéis edad, si con ella viene el seso, pasen con la mocedad las locuras.

JORGE. Tus pies beso y serte otro te prometo.
CARLOS. Quedaos, pues, y sed discreto.
JORGE. Prospere tu vida Dios.
CARLOS. Enojarme con vos, don Jorge, si andais inquieto.

(Vanse.)

ESCENA IV

Quedan DON JORGE y LILLO.

LILLO. Dile que dónde predica mañana su Majestad.
JORGE. En vano á la voluntad desbocada el freno aplica por que no corra veloz.
LILLO. ¿Al gato pone maneotas? Dile que las tiene rotas, y si llega dale coz.

¡Par Dios, que es linda la flemal! A un Fray Guarín te redujo. Malo soy para cartujo y loco en seguir mi tema. Verdad es que estoy casado; pero ¿por eso he de estar privado de otro manjar? Cocido come y asado quien tiene caudal, señor, y también puede un marido, si el matrimonio es cocido, dar vueltas al asador y alcanzar de una perdiz las dos pechugas.

JORGE. Bien dices.
LILLO. Son las villanas, perdices que no ofenden la nariz, porque huelen á tomillo, y el tercero es el trinchante que se las pone delante.
JORGE. Pues mi trinchante eres, Lillo, caza y parte.

LILLO. ¡Bueno es eso! Lo mejor te comerás, y dándome lo demás dirás: róete ese hueso.
JORGE. Hermosas labradorcillas hay en Cubas.

LILLO. Encuballas si te agradan, ó alcanzallas.
JORGE. Lillo: hermosuras sencillas entre tosca frisa y paño son las que busco y codicio, que siempre del artificio dicen que se hizo el engaño. Da al diablo tanto tocado, tanta seda y guarnición, gigantes que en procesión son paja y visten brocado.
LILLO. Nunca de esas hago cuenta, porque ya es cosa sabida que carne que está sentida la disfrazan con pimienta. Enfádame la mujer que gasta galas sin suma, porque ave de mucha pluma tiene poco que comer. Llega, que si te regala el donaire labrador, siendo de Cubas señor cobrar pueden alcabalas, sin cortesanos trabajos, de sus ninfas tus deseos, pues si damas son rodeos labradoras son atajos.
JORGE. A medida vino á hallarte mi amor de su gusto.

LILLO. Fui hurón un tiempo ó neblí.
JORGE. ¿De quién?
LILLO. De Francisco Loarte en Illescas, que perdido por esta santa mujer que agora acabas de ver pretendió ser su marido; pero como se acogió á *fideliium*, de su tierra

se fué á Flandes á la guerra
y sin amo me dejó;
mas entrándote á servir
todo en ti lo vine á hallar.

JORGE.

¿Qué fiesta es ésta?

LILLO.

El lugar
que te sale á recibir.

ESCENA V

Salen CRESPO y MINGO, Alcaldes; BERRUECO, MARI
PASCUALA, MENGTA y MÚSICOS LABRADORES.

MÚSICOS. (Cantan.) El Comendador,
bendiga vos Dios.

Mús. 1.º La Virgen de Illescas...

Mús. 2.º Señor San Antón...

TODOS. Pues venís á Cubas...

Mús. 2.º El Comendador...

Mús. 1.º A ser nuevo dueño...

Mús. 2.º Bendiga vos Dios.

Mús. 1.º La Virgen de Illescas...

Mús. 2.º Vos dé bendición...

Mús. 1.º El cirio pascual...

Mús. 2.º Señor San Antón...

TODOS. El Comendador.

Mús. 1.º La vuesa esposica...

Mús. 2.º Os para un garzón...

Mús. 1.º Como un Holofernes...

Mús. 2.º Como un Salomón...

Mús. 1.º Que vaya á la guerra...

Mús. 2.º Y de dos en dos...

Mús. 1.º Prenda los moricos...

Mús. 2.º Que en Sansueña son...

TODOS. El Comendador.

BERRUECO. Agora habéis de llegar
y helle una remenencia.

MINGO. Dios mantenga á su Cubencia.

BERRUECO. ¿Cubencia?

MINGO. ¿No ha de mandar
á Cubas?

BERRUECO. Sí.

MINGO. Pues bien puede
llamarse Cubencia.

CRESPO. Sí.

MINGO. Los dos venimos aquí
ambos á dos (sin que quede
de todos cuatro costados
quien no venga con los dos,
porque, en fin, los dos, par Dios,
somos hogaño empalados).
Venimos á recebillo
por nueso dueño á compás,
y porque no es para más
guarde os Dios. Porte un cuartillo.

JORGE. ¡Gracioso recibimiento!

MINGO. Llegad vos.

CRESPO. ¿Llegaré?

MINGO. Sí.

CRESPO. A Mingo Pulgar y á mí
nos cupo el embazamiento
de hogaño, y Martín Berrueco,
hijo de Gil Porquerizo,
Bras Moreno y Sancho Erizo,
Pero Antón y Agustín Seco,
el cura y el herrador,

y el barbero Herrán Bermejo,
entramos hoy en Concejo
á tomaros por señor,
y pues tomado os habemos,
en volviendo á entrar los dos...
pero, ¿qué os importa á vos
de que entremos ó no entremos?
A ser nueso dueño entráis,
y por ahorrar escritura,
tal os dé Dios la ventura
como nos la deseáis.

TODOS.

JORGE.

Amén.
Sois muy elocuente;
dado me habéis gran contento;
bien habláis.

CRESPO.

Yo só un jumento
no quitando lo presente.

JORGE.

¿Es vuestra hija esta zagala?

CRESPO.

¡Qué presto que la atisbó!

BERRUECO.

Yo só su padre.

JORGE.

¿Vos?

BERRUECO.

Yo.

JORGE.

¡Buena cara!

CRESPO.

No era mala
para vuesa señoría
si pudiera ser su igual.

JORGE.

¿Llamáis?

MARI.

Mari Pascual.

JORGE.

Mucho me agradáis, María.

MARI.

Por muchos años y buenos.

JORGE.

Vamos.

LILLO.

¿Agrádate?

JORGE.

Sí.

LILLO.

Echóla calza.

JORGE.

Vení.
la de los ojos morenos. (Vanse los dos.)

ESCENA VI

DICHOS, MENOS DON JORGE Y MARI PASCUALA.

MINGO. Golosmero me parece
el Comendador, Alcalde;
si se os pegare, ojealde
de la moza.

CRESPO.

Si en sus trece
se está, en casa hay sana amores
que del alma los arranca,
porque entre otras habrá tranca
para los Comendadores. (Vanse todos.)

ESCENA VII

Salen la VICARIA, SOROR EVANGELISTA y otra MONJA.

VICARIA. Madres: bien puede ser santa,
pero no lo he de creer;
privarla tengo de hacer
del oficio.

EVANGEL.

¡Que sea tanta
su pasión! ¿No considera
los milagros que Dios hace
por ella?

VICARIA.

Todo eso nace,
madres, de que es hechicera
Soror Juana de la Cruz.

EVANGEL. No diga tal cosa, acabe.

VICARIA. Venir el demonio sabe
en forma de ángel de luz,
y él es quien habla por ella
tantas lenguas; no hay que hablar;
al Provincial he de dar
cuenta de que está por ella
destruida nuestra casa.

EVANGEL. ¿Destruída? Pues ¿tuviera
qué comer si ella no fuera
su Prelada?

VICARIA.

Si el beneficio
que el Arzobispo nos dió
de Cubas ya le impetró
otro por Roma, ¿es buen juicio
meterse una religiosa
en pleitos, y que defienda
á costa de tanta hacienda
tan impertinente cosa?

EVANGEL. ¿Qué nos importa un curato?
¿Qué nos importa un curato?
¿Qué? La honra y el sustento
de todo nuestro convento.

VICARIA.

¿Y hanos salido barato,
si para el pleito ha vendido
hasta los cálices?

EVANGEL.

Sí.

VICARIA.

El Provincial vendrá aquí
y sabrá que ha destruido
nuestra hacienda.

EVANGEL.

Venga acá:
¿qué hacienda en la Cruz halló
Soror Juana cuando entró
á gobernarla? Dirá
que nueve reales de renta
solamente; pues de pan,
por su ocasión, ¿no nos dan
cada año ciento y cincuenta
fanegas, y de dinero
casi docientos ducados
con que tiene remedios
nuestros trabajos? Si quiero
contalla los beneficios
que la debe nuestra casa,
¿no sabe que son sin tasa?
¿Qué celdas ó qué edificios
tenía, si no labrara
este cuarto y aposentós?
¿No nos ha dado ornamentos?
Sin ella, ¿quién la habitara?
¿Quién nos da reputación?
Mas hala puesto á los ojos
la envidia vil sus antojos
y así no ve la razón.

VICARIA.

Predíqueme por su vida
la hipócrita, idiota, necia,
que ya yo sé que se precia
de la santidad fingida
de su abadesa; igual fuera
que acabara de aprender
la mentecata á leer
para que rezar supiera
sin venirme á predicar.

EVANGEL.

Tiene infinitas razones,
daréla mil ocasiones;

VICARIA.

los pies la quiero besar.
Todo el convento ha caído
en la cuenta de quién es

Juana de la Cruz después
que con embustes ha sido
por santa reverenciada;
todos saben mi caudal,
y así harán al Provincial
que me elija por Prelada,
y entonces verán las dos
si con hechizos y encantos
hacen milagros los santos. (Vase.)

ESCENA VIII

DICHAS, MENOS LA VICARIA.

EVANGEL. Madre: espere, aguarde; ¡ay Dios!
¡Qué gran tropel de trabajos
contra mi madre querida
se levantan! Mas la vida
llega por estos atajos
á la ciudad soberana
donde reina un Dios cordero;
mas presto ir á avisar quiero
de todo á mi madre Juana. (Vanse.)

ESCENA IX

Salen la SANTA y el ANGEL llorando.

SANTA. ¿Vos llorando, Angel bendito?
¿Vos con tanto desconuelo?
Nunca el llanto entró en el cielo,
porque nunca entró el delito.
Todo es contento infinito,
que de la presencia viene
de aquella fuente perenne
que eternamente gozáis.
¿Cómo, pues, Angel, lloráis,
si el cielo llantos no tiene?
No haya más, mi San Laurel,
mi custodio, mi ventura;
enjugue Vuestra Hermosura
ese sol, pues me veo en él.
¿Qué daño ó qué mal cruel
es bastante á que os desvele,
ángel mío; ó cuándo suele
suceder lo que hoy se ve,
que un ángel llorando esté
y una mujer le consuele?
Mas ¡ay de mí ya he caído
en la cuenta de ese llanto;
algún pecado, Angel santo,
contra Dios he cometido.
Mil veces he merecido
por mis culpas el infierno;
¿es acaso el llanto tierno
porque condenada estoy
que bien sé cuán digna soy
del fuego y castigo eterno?
Segura está tu conciencia,
Juana; nunca has cometido
culpa mortal; siempre has sido
monja vieja en la inocencia.
Aunque lloro en la apariencia
no lloro por propiedad,
que los que ven la deidad

infinita y soberana jamás pueden llorar, Juana, ni sentir penalidad. Hete parecido así en muestras y testimonio de que ha pedido el demonio licencia á Dios contra ti; si te regaló hasta aquí, como á Job probarte intenta, y el común contrario inventa un tropel de tempestades, trabajos, enfermedades, desprecio, agravio y afrenta. Dios los trabajos amó en el mundo, de tal suerte; jamás, Juana los dejó. ¿Qué santo no los pasó? Ninguno; que son favores de Cristo, y en sus amores son su escogida librea, y quien amalle desea justo es traiga sus colores. SANTA. Pues ¿por eso es la tristeza? Trocad vuestro llanto en risa; lluevan trabajos á prisa pues vos me dais fortaleza. Bien sabe vuestra belleza lo que ha que yo pido á Dios que, pues que somos los dos esposos, nos parezcamos en que los dos padezcamos: Si ya lo alcanzo por vos, vengan penas y castigos que del cielo son atajos, pues (dicen) que en los trabajos se echan de ver los amigos; que si amó á los enemigos, porque en ellos halló el bien de las penas, yo también sigo sus plantas divinas, pues entre zarzas y espinas Dios se apareció á Moisés.

ESCENA X

Aparécese CRISTO con la Cruz á cuestras, arriba, coronado de espinas, y á su lado una silla de brocado y sobre ella una corona de oro.

CRISTO. Juana: varón de dolores me llamo yo en la Escritura; quien imitarme procura busque espinas, deje flores. El que goza mis favores pasar por trabajos trata, y aunque el mundo más le abata, con los trabajos se esfuerza, que el cielo padece fuerza y el violento le arrebata. Para llegar á esta silla tienes de entrar por la puerta desta Cruz, que no está abierta sino para el que se humilla. Procura, esposa, adquiririlla, y si á los premios te inclinas del cielo, adonde caminas,

lleva, Juana, en la memoria que esta corona de gloria cuesta corona de espinas. *(Encúbrese.)* SANTA. ¡Oh! espinas, rico caudal de la celestial grandeza, Dios os pone en su cabeza como provisión real. Si premio tan inmortal da por trabajos el cielo, persígame todo el suelo; ya me apresto á la conquista, Angel, que con vuestra vista todo me dará consuelo. *(Vanse.)*

ESCENA XI

Sale MARI PASCUALA con un cántaro de agua, como que viene de la fuente, y DON JORGE.

MARI. Déjeme, que vó de prisa: ¡qué importuno es su mercé!

JORGE. María: escúchame un poco.

MARI. Dado le ave, apártese (1), que me aguarda mi marido.

JORGE. Aquí os aguarda también, aguadora de mis ojos, un alma muerta de sed.

MARI. Pues ¿qué quiere el alma agora?

JORGE. ¿Qué? que la deis de beber. Dadme solamente un trago, mitigarás con él mi fuego.

MARI. Allí está la huente; si no, yo le llevaré al pilón, donde se harte.

JORGE. Ea, no seáis cruel.

MARI. ¿Bebe el alma?

JORGE. Por los ojos bebe el veneno que ven.

MARI. No se llegue, que en mi alma...

JORGE. ¿Qué?

MARI. Que le remojaré.

JORGE. Negar el agua es crueldad.

MARI. Si; ¿agua sola quería él?

MARI. ¡Quien no se las entendiese!

JORGE. Como esas manos me den de beber, iré contento.

MARI. Pues ¿no dice su mercé que se está quemando?

JORGE. Sí.

MARI. Estará sudando, pues, y beber agua sudando, matarále.

JORGE. Comeré el blanco terrón de azúcar de esas manos.

MARI. ¡Oxtel Iré buena yo á casa sin manos habiéndolas menester.

JORGE. ¿Para qué?

MARI. ¡Linda pescudal para fregar y barrer.

JORGE. ¿Del agua sois avarienta?

MARI. Sí, porque le mataré.

(1) Así en el original.

JORGE. Muera Marta, y muera harta. MARI. Que me aguardan, déjeme. JORGE. ¡Agua, Dios...! MARI. Que ruin se moja. JORGE. Tomarále. MARI. Pues á fe si llega y digo «agua va...» JORGE. ¿Qué? MARI. Que le remojaré. JORGE. Ved que os quiero bien, María. MARI. ¿Por qué no me heis de querer? JORGE. ¿heos hecho yo algún mal? MARI. Sí.

JORGE. ¿Qué mal? MARI. Muértome. JORGE. ¿De qué? MARI. De ojo. JORGE. ¡Chico es el niño! MARI. Es verdad: niño amor es. JORGE. ¿Quiere una cuenta de azogue, ó una higa para él?

JORGE. ¿Qué mas cuenta que el perderla, qué más higa que un desdén, qué más ojo que el miraros, qué más mal que el querer bien?

MARI. ¿Qué bien quiere?

JORGE. Estoy perdido. MARI. ¿De qué se perdió? JORGE. Jugué. MARI. ¿Qué juego? JORGE. A la gana pierde.

MARI. ¿Cómo? JORGE. Perdiendo gané. MARI. ¿Qué ganó? JORGE. Esta coyuntura. MARI. ¿Y qué perdió?

JORGE. Todo el bien. MARI. ¿De qué? JORGE. De la voluntad. MARI. ¿Qué es amor? JORGE. Un no sé qué.

MARI. ¿No sabe qué? JORGE. No, María. MARI. ¡Bueno! JORGE. ¿Queréislo saber?

MARI. Sí. JORGE. Escuchad. No se me acerque, porque le remojaré. MARI. ¿Hay tal mano? ¿hay tal blancura?

JORGE. Agarrómela, pardiéz. MARI. Déjamela dar mil besos. JORGE. Bese presto y váyase. MARI. ¿Quiéresme bien?

JORGE. Un poquillo. MARI. Paga mi amor. MARI. No hay con qué. JORGE. ¿Qué te falta? MARI. No ser mía.

JORGE. Pues ¿cúya? MARI. De un Locifer que hasta los pasos me cuenta. JORGE. ¿Los pasos cuenta? MARI. Sí, á fe.

JORGE. Lo contado como el lobo; cuando quiere una mujer,

no hay llaves, puertas ni muros; quíereme tú, que yo haré fáciles los imposibles. MARI. Vedme mañana otra vez, que soy agora madrina de un bateo y pienso que es tarde y me esperan en casa. JORGE. Pues yo el padrino seré. MARI. No, señor; que es el barbero. JORGE. Por verte á ti le iré á ver. MARI. Aquí en la Cruz se bautiza, y es hijo del sacristén. JORGE. ¿Al fin me quieres? MARI. El diablo en esos ojos tenéis que me reconcome el alma desde el punto que os miré.

ESCENA XII

Sale LILLO.—DICHOS.

LILLO. Señores: el espantajo ha venido. MARI. ¡Ay Dios! ¿qué haré? JORGE. Adiós. MARI. Adiós. JORGE. Mucho os quiero, María. MARI. Yo á vos también.

(Vanse los dos.)

ESCENA XIII

Sale CRESPO.—MARI PASCUALA.

CRESPO. ¿«Yo á vos también», al partirse don Jorge de mi mujer? No anda bueno el reportorio; pero yo le enmendaré.

MARI. ¡Crespo míol! CRESPO. ¿Qué os quería don Jorge?

MARI. Aquí le encontré y mandóme que os pidiese que hoy el galgo le prestéis.

CRESPO. Pedilde á Crespo, que os ama, el galgo, y yo á vos también; no viene bien la respuesta, ni la excusa vino bien. Ea, ea, á casa, María, que cuando el bateo esté acabado, dos liciones os daré de responder.

MARI. Pues ¿qué tenemos? CRESPO. No, nada; ratoneras sé yo her donde los golosos cojo; Jorgito, yo os cazaré. No es esta agua toda limpia; vacialda y venid. ¿Qué hacéis?

MARI. Si el miedo llevan que yo todas las que quieren bien, ¡juego de Dios en el bien querer! Amén, Amén. *(Vanse.)*

ESCENA XIV

Salen el ANGEL y la SANTA.

ANGEL.

Juana: Dios manda que tu misma historia y los milagros que contigo ha hecho escribas, porque todo sea en gloria de su eterno poder y en tu provecho.

SANTA.

¡Ay, Angel santo! y si la vanagloria que tantas buenas obras ha deshecho, asalta el alma y mi humildad derriba, ¿qué servirá que yo mi historia escriba?

ANGEL.

Dios, que lo manda, te dará su ayuda.

SANTA.

Angel: ¿yo he de escribir en mi alabanza? ¿No sabéis vos que la virtud es muda? ¿No sabéis vos que la ambición se alcanza con la propia jactancia y que se muda la humildad en soberbia?

ANGEL.

No hay mudanza que á las virtudes haga resistencia si en la humildad fabrica la obediencia, cuanto y más que escribiendo maravillas de Dios, tu Esposo, su poder levantas y á ti te abate más con escribillas, por ser indigna de mercedes tantas.

SANTA.

Nunca yo he merecido recibillas; pero, Angel santo, tú que siempre cantas en la presencia de mi Esposo eterno, de el *Sancto, Sancto, Sancto*, el himno tierno, suplicote me alcances dél licencia para que no sea yo mi coronista ni quiebre la virtud de la obediencia (que la alabanza á la virtud conquista).

ANGEL.

Eso y más te concede su clemencia; mas manda que María Evangelista, cuya lengua su eterno poder toca, tu vida escriba de tu misma boca.

SANTA.

Si no sabe leer, ni escribir sabe, ¿cómo ha de ser?

ANGEL.

La omnipotencia suma no hay cosa que no pueda y que no acabe; ella es quien rige ya su mano y pluma.

SANTA.

Su nombre santo el cielo y tierra alabe; pues El lo manda, no es razón presume resistir su divino mandamiento; su esclava soy, su voluntad consiento.

ANGEL.

Ya se te acerca, Juana, el fiero trance

de los trabajos con que Dios permite que tu paciencia tu corona alcance.

SANTA.

Regalos son que mi obediencia admite; mucho espero medrar en este lance.

ANGEL.

Toda la casa pide que te quite el oficio que tienes de Abadesa.

SANTA.

Con gran razón mi indignidad confiesa.

ANGEL.

Gran torbellino contra ti levanta el demonio; de afrentas perseguida de todos has de ser.

SANTA.

Nada me espanta, si Dios me da favor.

ANGEL.

A que le pida á Dios, la Reina de la corte santa me parto al cielo. Adiós, Juana querida.

(Vase.)

ESCENA XV

La SANTA, sola.

Al arma toca el mundo; cuerpo bajo, vamos á ejercitarnos al trabajo; antes que entremos, Juana, en la batalla hagamos militares ejercicios. ¿No tengo yo una cota hecha de malla? A vestírmela voy contra los vicios. Corona tiene Dios; para alcanzalla no son malas escalas los cilicios; por espinas da Dios sillars divinas. Al arma, Juana, pues; buscad espinas. (Vase.)

ESCENA XVI

Sale SOROR MARÍA EVANGELISTA.

Madre Abadesa: amada madre Juana, ¡gran milagro! que sé leer y escribo; de la mano de Cristo soberana por su ocasión esta merced recibo. ¡Oh qué letora soy! ¡oh qué escribana! No tendrá la Vicaria más motivo de afrentarme de torpe y de ignorante; leer y escribir supe en un instante. ¿Dónde está, Madre nuestra?

ESCENA XVII

Aparécese la SANTA en una cruz, coronada de espinas, con una sogá al cuello y una túnica de rayo, y bájase de ella cuando la llama SOR EVANGELISTA.

SANTA.

¿Quién me llama?

EVANGELISTA.

¡Ay, cielos, qué crueldad! Madre amorosa: ¿qué hace de esa suerte?

SANTA.

En esta cama, aunque áspera á la vista, amor reposa.

EVANGELISTA.

Espinas flores son para quien ama, y en ellas estáis bien, porque sois rosa.

SANTA.

En las sillars celestes y divinas dan coronas de gloria por espinas. De aqueste modo voy apercebida á pelear, que estoy desafiada de mil persecuciones.

EVANGELISTA.

Perseguida crece más la virtud y es celebrada; Dios me manda escribir su santa vida.

SANTA.

Ya sé que su divino amor se agrada de que el mundo su eterno nombre alabe; de ese modo ya sé que escribir sabé; sabrán todos que soy gran pecadora, pues con tantas mercedes no soy santa. Para mi confusión es.

EVANGELISTA.

¿Por qué llora?

SANTA.

Por ver tanto favor, clemencia tanta en tantas culpas ¡ay de mí! En la hora de dar la cuenta al Juez, ¿quién no se espanta? ¿quién no tiembla?

EVANGELISTA.

La gente del aldea, Madre, su santa bendición desea. Vienen á bautizar una criatura y de su mano esperan justamente la bendición del niño y la ventura; vamos, por que no espere tanta gente.

SANTA.

Yo lo consultaré con Su Hermosura; que no es razón sin San Laurel, que intente cosa ninguna.

EVANGELISTA.

¡Oh Sagra toledana! sagrada estás, pues te consagra Juana. (Vanse.)

ESCENA XVIII

Salen los LABRADORES todos con música y bateo.

TODOS. (Cantan.) Trébole danle al niño, trébole ¡ay Jesús, qué olor!

LAB. 1.º Trébole y poleo.

TODOS. Trébole.

LAB. 1.º Alegre el bateo.

TODOS. Trébole.

LAB. 1.º Rosas y junquillos.

TODOS. Trébole.

LAB. 1.º Para los padrinos.

TODOS. Trébole.

LAB. 1.º Espadaña y juncia...

TODOS. Trébole.

LAB. 1.º Para el señor cura.

TODOS. Trébole.

LAB. 1.º Lirios de los valles...

TODOS. Trébole.

LAB. 1.º Para el padre y madre.

TODOS. Trébole.

LAB. 1.º Y para el Alcalde la hierba del sol.

TODOS. Trébole, denle trébole al niño,

trébole; ¡ay Jesús, qué olor!

CRESPO. Entre en la Igleja el bateo,

y mientras que le bautizan

bailen los que solenizan

la fiesta.

MENGA. Ya lo deseo.

BERRUEC. Par Dios que ha parido Gila

un hijo como un becerro.

CRESPO. ¡Qué tieso, oh hi de puta, perro!

¿Mas que se mea en la pila?

ESCENA XIX

Salen DON JORGE y LILLO.—DICHOS.

JORGE. ¡Oh buena gente!

BERRUEC. ¡Oh señor!

JORGE. Haz lo que tengo ordenado.

LILLO. Voy, pues. (Vase Lillo.)

ESCENA XX

DICHOS, menos LILLO.

JORGE. Sin ser convidado me vengo.

CRESPO. Es mucho favor.

MINGO. En este poyo se siente

su señoría.

JORGE. Sí, haré. (Siéntase.)

¡Hermosa madrina, á fe!

CRESPO. Yo os la quitaré de enfrente

y os haré trampa en que caya

vueso amor; dejaldo estar.

¿No se comienza á bailar?

Ea, salgan.

MINGO. Vaya.

MENGO. Vaya.

TODOS. (Cantan y bailan.)

Envidiosa Gila en Cubas del hijo que sin sazón parió Marina en Orgaz, un muchacho repujó. ¡Oh, qué lindo y grande que es! Bendígale la Ascensión! Su padre le vea barbero, sacristán ó tundidor. Ya le van á bautizar, ya le llaman Perantón, ya le vuelven á su casa,

ya sacan la colación.
Si merendares, comadres,
si merendares, llamadme.
Si merendáredes nuégados
y gaabanzos tostados,
pues somos convidados,
al repartirlo avisadme.
Si merendáredes, etc.
Ya el muchacho se gorjea;
ya sabe decir «ajó»;
ya le han sacado los brazos,
ya le han puesto un correón,
ya le hacen hacer pinitos
y le dicen á una voz:
«Anda, niño, anda,
que Dios te lo manda
y Santa María
que andes en un día;
señor San Andrés
que andes en un mes;
señor San Bernardo
que andes en un año
sin hacerte daño
en esta demanda.
Anda, niño», etc.
Ya ha crecido y va á la escuela,
ya en el Cristo da lición,
ya sabe jugar al toro,
ya corren de dos en dos,
á «la trapa, la trapa, la trapa,
en mi caballito de caña».
Ya quieren que vaya al campo
y aprenda á ser labrador;
ya le visten de sayal
el capote y el calzón.
Caperuza cuarteada
su señor padre le dió,
y probándosela todos
ansí le dicen á un son:
«Que la caperuzita de padre
póntela tú, que á mí no me cabe.»

ESCENA XXI

Salen LILLO y otros, y llévanse á MARI PASCUALA.

JORGE. Llega, Lillo, que ahora es tiempo.
MARI. ¿Qué es esto? ¡Ay cielos, traición!
LILLO. Ninguno el paso me impida.
CRESPO. ¡Oh infame! ¿Cómo que no,
si es mi esposa la que llevas?
JORGE. ¿Por qué no?
CRESPO. ¡Muera el traidor!
JORGE. Ninguno pase de aquí,
si no pasaré yo.
CRESPO. ¡Par Dios, que es linda la flemal!
Que es Mari Pascual, señor.
JORGE. Segura va, sosegaos.
CRESPO. ¿Con quién?
JORGE. Con vuestro señor.
CRESPO. ¿Con vos?
JORGE. Conmigo.
CRESPO. ¿A qué va?
JORGE. Eso adivinaldo vos.
CRESPO. ¿Y mi honra?
JORGE. ¿Qué más honra
que amarla el Comendador?

CRESPO. ¿Esa es justicia?
JORGE. Villanos:
no me enojéis, que yo soy
señor de Cubas, y ansí
todo es mío. (Vanse.)

ESCENA XXII

DICHOS, MENOS PASCUALA, JORGE, LILLO y CRIADOS.

CRESPO. ¿Esa es razón?
¿Esto consentis, cobardes?
¡Matalde!
MINGO. Mátele Dios
que le hizo.
CRESPO. ¿Tal injuria
consentis? ¿Tan gran traición?
MINGO. A quien le duele la muela
que se la saque; andad vos,
si os atrevéis sin tenazas,
y sacalde ese raigón.
BERRUEC. ¡Ah, cielos!
MINGO. Que no la quiere
sino por un día ó dos,
y luego os la volverá.
CRESPO. A estar el Emperador
en España...
MINGO. ¡Buena flemal!
Guarde el cielo mi rincón.
BERRUEC. ¿Estas mañas tenéis, Jorge?
Yo me vengaré de vos.

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

Salen DON JORGE, LILLO y LABRADORES.

JORGE. Pegad á todo el lugar
fuego, sin que dejéis casa
que no convirtáis en brasa.
Villanos: no ha de quedar
piedra en Cubas sobre piedra.
MINGO. Señor: por amor de Dios;
por nuestra hacienda y por vos,
con cuya presencia medra,
que mandéis á los soldados
que en Cubas habéis metido
salir dél; basta el roído
los dineros y ganados
que nos roban, sin que intenten
robar también nuesto honor;
que no es honra del señor
que sus vasallos afrenten,
claro está.
JORGE. ¿Y es justo
que se opongan los vasallos
á su señor?
MINGO. Si afrentallos
quiere su travieso gusto,
¿qué mucho que se defienda
quien ve que ese honor se pierde?
CRESPO. El perro con rabia muerde;

¿salísme á robar la prenda
más estimada y querida,
sin poderos abrandar,
y espantáisos que el lugar
su agravio y mi afrenta impida?
BERRUEC. Mari Pasquala es mi hija.
CRESPO. Mi esposa habia de ser.
BERRUEC. ¿Por qué habéis vos de querer
dar á mi vejez prolija
tan mal fin, y que el lugar
me afrente, y viéndola diga:
esta que veis es la amiga
de don Jorge?
LILLO. Que mirar
tendrán por sí, de manera
que no se acuerden de vos.
JORGE. Luego ¿entendisteis los dos
que Mari Pasquala era
solamente en quien mi gusto
pongo, y á quien amo y quiero?
¡Bueno, á fe de caballero!
Pues si eso os daba disgusto,
consolaos, que no seréis
solos los que de hijos míos
seáis abuelos y tíos,
que con todos me veréis
emparentar.
CRESPO. Y lo hará
como lo dice.
MINGO. Buen cargo
ha tomado.
JORGE. El tiempo es largo,
Crespo; todo se andará.
MINGO. ¿Y eso es justo?
LILLO. ¿Por qué no?
JORGE. Sois muy toscos y groseros,
y pretendo ennobleceros,
pues lo quedaréis si yo
mezclo con vuestro sayal
un jirón de mi nobleza.
CRESPO. Alto; ¡díole en la cabeza!
JORGE. ¿Dónde está Mari Pascual?
Porque escondella es querer
que todo el pueblo destruya.
¿No vais por ella?
CRESPO. Si suya,
así como así ha de ser,
no empiece en Mari Pascual;
que es como guindas amor,
la postrera la mejor,
y para guinda no es mala.
MINGO. Que destruyas nuesa hacienda
importa poco, tomalda,
y si os servís abrasalda,
como el honor no se ofenda;
que el lugar consentirá,
como no le deshonoréis,
que la hacienda le quitéis.
JORGE. Mingo: todo se andará;
decid adónde llevastes
vuestra sobrina, ó haré
que os den tormento.
MINGO. Pues ¿sé
yo dó está?
JORGE. ¿No la quitastes
á Lillo en ofensa mía
con ayuda del lugar?

LILLO. Eso puedes preguntar
á mis lomos, que á porfia,
haciendo con ellos fiestas,
tantos palos les pegaron,
que, sin jugar, me cargaron
un flux de bastos á cuestras.
Librete Dios de una tranca
en manos de un labrador
si se enoja y con furor
tras un desdichado arranca,
que no dirás sino que es
sota de bastos con ella.
JORGE. Crespo: en vano es escondella;
yo os la volveré después
y seréis de su hermosura
legítimo poseedor.
CRESPO. Lo que otro suda, señor,
diz que á mí poco me dura.
Eso es lo que mi honra busca;
no me falta ya si tiña,
vendimiadme vos la viña
comeré yo la rebusca.
¡Bueno! eso no ¡juro al soto!
que no es discreto el marido
que puede comprar vestido
entero y le compra roto.
¡Malos años; no en mis días!
LILLO. A la encina y al villano,
si no es á palos, en vano
pedirles fruto porfias.
JORGE. Dices, Lillo, la verdad.
¡Hola! saca un potro aquí.
CRESPO. ¿Potro aquí? Ya siento en mí
extraordinaria humedad.
BERRUEC. Mira que al Emperador
ofendes, y cuando venga
y destos agravios tenga
noticia, ha de hacer, señor,
el castigo que tú sabes,
de su justicia y enojo.
JORGE. Pocos consejos escojo,
por más que al César alabes,
pues cuando él volviese acá
ya yo por diversos modos
os tendré muertos á todos,
y nadie se quejará.
Dónde está Mari Pascual
declarad, ó en el tormento
moriréis.
CRESPO. A lo que siento,
lleno estoy de unto sin sal;
yo diré la verdad llana.
Cuando á Pascual os quitamos
al convento la llevamos
de la Cruz. La madre Juana
allí guardándola está
de vuesto ciego cuidado;
si hasta aquí lo hemos negado
es porque no vais allá
y hagáis de las que soléis
con que el convento se inquiete.
JORGE. Pues, á Juana, ¿quién la mete
(por más que se lo roguéis
vosotros) si no en rezar?
CRESPO. Es una santa, señor,
y mira por nuesto honor.
JORGE. Cuando me llego á enojar

no miro yo en santidades
que, quizá, fingidas son;
acuda ella á su oración
y no intente novedades.
Disciplínese, que es justo;
ayune y rija su casa;
mas si los límites pasa
de su estado y de mi gusto
y irritan mi libertad,
guárdese, que podrá ser
que vengamos á saber
qué tal es su santidad.

ESCENA II

Sale UN PAJE.

PAJE. La Vicaria del convento
de la Cruz éste te envía.

(Dale un billete.)

JORGE. Si es que resistir porfia
mi amoroso pensamiento,
mal sus ruegos y lisonjas
mis gustos resistirán;
conténtese con que están
seguras de mí sus monjas.

(Abre el billete y lee.)

«La presunción de la madre Juana
de la Cruz es tanta, que, no contenta
con regir su casa, ha pretendido go-
bernar las ajenas, de suerte que para
remediar (según dice) la de V. S., ha
escrito á Madrid á la señora doña
Ana Manrique, esposa de V. S., in-
sultos indignos de tal persona, y per-
suadióla á que, no enmendándose de
ellos, se queje al Gobernador de Cas-
tilla don Juan Tavera para que los
remedie, y con capa de santidad fin-
gida tiene banderizada esta casa.
Ahora que la está visitando Nuestro
P. Provincial será de importancia la
autoridad de V. S. para que se pierda
la suya y la quiten el oficio que ha
tantos años ejerce de Abadesa. Las
más monjas deste monasterio son
deste parecer; y porque al Señor del
lugar conviene procurar la quietud
dél, y ésta resulta de la de esta casa,
aguardamos á V. S. para la libertad
de ella y de una doncella que, según
he sabido, contra su gusto tiene en
este convento. Para lo uno y lo otro
importará la presencia de V. S., á
quien N. S. guarde.—La Vicaria.»

¡A doña Ana contra mí
para que al Gobernador
se queje contra mi honor!
¡Oh hipócrita falsa! ¿Ansí
tu santidad se acredita?
Al Provincial hablaré
y el alma le quitaré
si el oficio no le quita.
No en vano por sospechosa
tuve la virtud fingida

desta mujer atrevida,
que, pues llega á ser odiosa
hasta [á] sus monjas, ¿quién duda
que, perturbando su paz,
con el fingido disfraz
de santa sus vicios muda?
Su eterno perseguidor
tengo de ser desde aquí.
Al convento voy.

CRESPO. ¿Ansí
nos quieres dejar, señor,
sin mandar á los soldados
que se vayan del lugar?

JORGE. Villanos: habéis de estar
con su presencia obligados
á mi gusto.

CRESPO. Cuanto quieres
haces; ¿quién hay que te ofenda?

JORGE. Señor soy de vuestra hacienda,
vuestras casas y mujeres;
todo me ha de dar tributo,
pues que vuestro dueño soy.
Ven, Lillo.

LILLO. Contigo voy.
MINGO. ¿Las mujeres? ¡Oste, puto!
¿Qué hemos de her?

CRESPO. Trasponellas
como puerros.

BERRUUC. Ese es
mi voto: yo á Leganés
pienso llevar dos doncellas
que en casa quedan.

MINGO. Si á pares
á las doncellas sacáis,
á las casadas dejáis
á figura.

BERRUUC. En los lugares
vecinos pueden estar
seguras, hasta que venga
el Emperador y tenga
noticia de que el lugar
nos destruye este traidor.

CRESPO. Cuando Carlos venido haya,
á fe que no se le vaya
con ella el Comendador.

MINGO. De mi voto no saquéis
las mujeres del lugar,
que mos puede resultar
mayor mal del que teméis.

BERRUUC. Callad, dejaos de quillotros.

MINGO. Temo, de esos pareceres,
que en faltando las mujeres
tiene de dar tras nosotros. (Vanse.)

ESCENA III

Salen la SANTA y MARI PASCUALA.

SAN. Es la hermosura, María,
niebla que el sol desvanece,
sombra que desaparece,
fimera que vive un día,
vela que luce lo que arde
la frágil luz de la vida,
hierba con el sol florida
que se marchita á la tarde,

y es instante cuyo ser
está á las puertas del nada,
joya del tiempo prestada,
por quien luego ha de volver.
Pues fabricar la esperanza
sobre el vano fundamento
de la nieve, sombra y viento,
despojos de la mudanza,
¿paréceos á vos cordura?
¿Es bueno tomar á censo
pena eterna, fuego inmenso,
por el deleite que dura
lo que la sombra y la flor?
¡Ay, María! mal sabéis
lo que costado le habéis
á Dios, con cuyo valor
vino el mundo á remediaros;
y con ser tal su poder,
tuvo por bien el vender
su vida para compraros.
Joya, pues, que vale tanto,
¿en tan poco ha de estimarse?
¿En balde ha de derramarse
sangre de mi Esposo santo?
No lo permitáis, María;
estimaos en más á vos;
no os merece sino Dios.

MARI. Basta, madre, madre mia,
basta, que me derretis
el alma y el corazón;
palabras de fuego son,
madre, las que me decís.
Si me he dejado vencer
de las promesas y amor
del fuego, Comendador
persiguióme; soy mujer,
mi flaqueza combatió;
mas, pues, por vos valor cobra,
no temáis ponga por obra
lo que, hablándome, intentó.
Diamante seré á su amor,
jamás vencerme podrán
sus promesas.

SANTA. Más galán
es Dios que el Comendador.
Sí, porque no le habéis visto,
esotro os ha satisfecho
porque trae la cruz al pecho,
más preciosa cruz trae Cristo
á las espaldas, cosecha
de mis vicios desbocados,
que, por no ver mis pecados,
á las espaldas los echa.
Su encomienda es de más cuenta,
y si no, julgaldo vos,
pues que llevamos los dos,
él la cruz y yo la renta.
Cristo el Gran Maestre es
desta preciosa encomienda
rica y inmortal hacienda,
infalible su interés.
Pues, cuando don Jorge os muestre
amor, ¿no es notable error
amar al Comendador
despreciando al Gran Maestre?
¡Ay, madre! Tan persuadida
á servir á Dios estoy,

que, si quisiera, desde hoy,
mudando de estado y vida,
quedarme por freila aquí.
Ojalá que yo pudiera,
que temo, si salís fuera,
vuestra pérdida.

SANTA.

MARI. ¡Ay de mí!

SANTA. Hay visita en casa agora
y está nuestro Provincial
en ella; es poco el caudal
nuestro, y yo gran pecadora.
Todas le piden que os eche
de casa, que una seglar
su quietud puede inquietar,
sin que mi ruego aproveche.
Fuerza es, hija, que os volváis
á casa de vuestro padre.

MARI. Pues ¿cómo? ¿No veis vos, madre,
que al lobo la oveja echáis?

SANTA. No puedo más; la ocasión
suele dar fama notoria,
y Dios, por ver la vitoria,
permite la tentación.
Si de vos misma salís
victoriosa, buen padrino
os será el amor divino,
por cuyo amor combatis.
Yo haré por vos oración
á Dios.

MARI. ¿Hay tal desconsuelo?
Dadme, pues, la mano.

SANTA. El cielo,
hija, os dé su bendición.
(Vase Mari Pascuala.)

ESCENA IV

Sale el ANGEL.—La SANTA.

ANGEL. ¿Juana mía?
SANTA. ¿Mi Laurel?

¿Vuestra Hermosura no sabe
que en el peligro más grave
se ve el amigo más fiel?
Agora que el Provincial
admite discursos largos
de las que me ponen cargos
porque las gobierno mal,
¿me escondéis esa belleza?

ANGEL. Jamás me aparto de ti.
SANTA. Todo es, mi Laurel, así;
pero, para mi tristeza,
no basta que estéis conmigo,
sino que os me dejéis ver.

ANGEL. Agora os he menester,
que sois mi mayor amigo.
SANTA. Las más, Juana, del convento
son contra ti.

ANGEL. ¿Qué bien hacen!
SANTA. Pues de mis pecados nacen
causas de su descontento;
helas escandalizado,
Angel, con mi mala vida,
siendo soberbia, atrevida;
y habiendo de ser dechado
de todas, la menor dellas
pudiera ser mi prelada.